

PREMIO ACCÉSIT TEMÁTICA SOBRARBE DEL II CERTAMEN DE CUENTOS Y
RELATOS BREVES “JUNTO AL FOGARIL” , AÍNSA 2009.

CATEGORÍA SOBRARBE MAYORES DE 18 AÑOS.

AUTOR: GONZALO DEL CAMPO ANTOLÍN

TÍTULO: LA MINGUA DE MANOLÉ

PSEUDÓNIMO: BUCARDO

LA MINGUA DE MANOLÉ

Se llama mengua a la fase de la luna decreciente. Sobre todo la de enero es, para los viejos hortelanos de esta tierra, la época en que cortan las cañas, para que no se pudran fácilmente tras cumplir su labor de sostener las plantas de judías y tomates. También es

el mejor momento para hacer la poda de frutales y plantar árboles que tiren con vigor, en una infancia sometida al rigor de las heladas y las largas sequías. Pero la mingua también tiene otro sentido, otro significado más profundo que atañe a la inteligencia, los afectos, los sueños y el devenir del corazón humano...

I

Hay vidas que dejan una huella, unos hijos habidos, una casa que guarda los objetos acariciados por las manos de sus moradores y en los que se ha posado la mirada de quien se fue para siempre. De la suya, apenas quedaban unas fotografías y el vacío de su presencia leve, en ese edificio extraño, cúbico y acristalado, de amplios corredores y habitaciones que nunca llegarán a ser de nadie, como tampoco lo son hoy las ruinas de su casa, a mitad de la cuesta, subiendo hacia la plaza.

Su rostro intemporal no delataba a un viejo y menos a un anciano. Su pelo no era blanco, su andar no era firme, ni seguro, acaso por el hecho de que siempre iba detrás de alguien, a unos pasos, como necesitando de una huella que le abriese camino.

Desconozco si él mismo sabía que nació el año treinta y tres, fecha fácil de recordar por la repetida monserga de los médicos. Tal vez oyera hablar de la República, pero no una vez cumplidos los cinco años, cuando todo acabó y hubo que comenzar de nuevo.

Igual que entonces, cuando Manolé era un recién llegado a su nueva morada, entre desconocidos, más ajados que él la mayoría y algunos agarrados a su taca-taca, arrastrando los pies por las tarimas, sin decir palabra.

No conoció a su hermana Emilieta, fruto del primer matrimonio de su madre, Josefa. Quien la recuerda, no sabe con certeza de qué murió. Lo único seguro es que no llegó a cumplir los quince años. Tal vez fuera alguna enfermedad de aquellas, cuyo remedio se hallaría lejos de aquel lugar con tan solo nueve casas, colgado sobre el valle del Cinca, como un nido de águilas o una diminuta proa de una nave rocosa, anclada en lo alto. Tisis, neumonía, una mala gripe o la tos ferina, cualquier enfermedad sobrevenida podía resultar, allí, mortal. No cabía otra cosa que la resignación y seguir adelante, como hizo Josefa, quien decidió casarse de nuevo, pues antes que la hija también murió su padre.

Ellos dos no se encontraban en el hato de recuerdos que Manolé traía consigo a este lugar, donde el rumor del río Ara latía muy cercano cada noche sin sueño.

Malos años habían de venir y el nuevo marido de Josefa no fue la pareja ideal para vivir en aquel duro paraje. Como la mayoría, picó madera en los montes o llegó a trabajar para obras públicas, pero su casa siempre fue la más pobre del pueblo. Sólo contaban con un “huerté”, junto al camino que llevaba a San Vicente y una “suerte” de pinos en el monte.

Gracias a ellos pudo pagarse Manolé, mucho después, la residencia, y también a que un antiguo vecino de Muro se hizo cargo de ingresarle el dinero en su cartilla. Más preciada que las fotografías, formaba parte del exiguo atadajo de papeles con el que ha descendido para quedarse en Aínsa. Además de ellos, dos mudas y un poco de ropa de quita y pon eran todo su equipaje, tras tantos años de estar en este mundo.

Tres, tenía Manolé cuando empezó la guerra. Ni él, ni su hermano Pepe, algo mayor, estaban en edad de saber lo que estaba ocurriendo. Oyeron, sin entender del todo, algo sobre imágenes de iglesia y retablos quemados en la plaza de algún pueblo cercano. Los ecos de la contienda llegaban apagados hasta aquel altozano, rodeado de empinados terreros de arcilla gris, de trabajosos bancales, en los que se seguía laborando como siempre, hasta que se fue acercando el estruendo ominoso de las armas.

El silencio de las primeras noches en Aínsa, le acercaba de nuevo escenas remotas de su infancia. Afloraban como sargas y ramas arrancadas al bosque del pasado y arrastradas por la corriente lenta de un río detenido y manso.

Los republicanos se batían en retirada e iban recogiendo todo aquello que les fuese de alguna utilidad, sobre todo comida y animales, cuya carne les ayudaría a resistir mejor durante un tiempo. Casi toda la primavera del treinta y ocho, de abril a junio, se oyó el rugir de los aviones, remontando la línea plateada del Cinca por encima de las cumbres nevadas. Los que no se marcharon hacia Francia o no formaban parte de “la Cuarenta y Tres”, se habían quedado para afrontar un destino triste y de penuria. En la mayoría de las casas faltaba parte de la familia. En la de Manolé permanecieron los cuatro. ¿A dónde iban a ir, si nada tenían que llevarse?. Al menos seguirían compartiendo un techo, pues las bombas que cayeron sobre Muro solo acertaron a abrir un boquete en casa “Joaquín”, una de las que miraba a Laspuña, junto a la iglesia. El susto mantuvo encerrada a la familia un par de días, hasta que intuyeron que no habría más disparos. Tras la huida de los fugados, llegaron militares bien uniformados y pertrechados, calzados con botas negras y cinturones anchos de cuero, del mismo color. Traían fusiles

relucientes y una actitud marcial; hablaban en voz alta y ocuparon sin ningún miramiento las principales casas del pueblo.

Aún no había llegado mayo, cuando un día Manolé, lo mismo que los demás, oyó un estruendo tremendo que le sobresaltó. En la base de la Peña Montañesa se avistaba movimiento de tropas rebeldes, pero arriba, en lo más alto, las gubernamentales hacían voladuras. Arrancaban grandes moles de piedra, que caían sobre los atacantes. Todos lo contemplaron desde las eras y los días siguientes la ira de los militares ocupantes del pueblo era tal, que los vecinos apenas se movieron de sus casas, por miedo a molestarlos, ya que hubo varios muertos entre los compañeros de su bando.

Dos semanas después, el padre vino inquieto y, hablando quedo, les contó que los de Puyarruego y Belsierre se replegaban y, antes de marchar, prendían fuego a las bordas y las casas, para no dejar nada en manos enemigas. El humo era tan denso que todo en aquellos lugares parecía pasto de las llamas. Al día siguiente los cañones y morteros despertaron a todos con sus silbidos y su ruido atronador, reverberando hacia Añisclo y Sestrales y retumbando contra la Peña. Las detonaciones duraron un buen rato, luego pararon en seco y se hizo el silencio. Los vecinos de Muro se apostaron en el cementerio para ver avanzar una línea muy larga de soldados, que atravesaron el Bellós y comenzaron a subir despacio en dirección a Puértolas. De repente, el tableteo de las ametralladoras y el sonido seco de los “maúseres” rusos y los naranjeros, surgió de las trincheras, que no estaban vacías como pensaban los confiados atacantes. Las bajas entre ellos fueron muchas y aquella noche el silencio se podía cortar a bayoneta. Ningún civil se atrevía sin un buen motivo a salir de casa. Se llevaron los heridos a Labuerda, a Aínsa y los más graves a Barbastro y Huesca.

Después de aquello, Manolé y Pepe tuvieron espectáculo casi todos los días. Unos cuantos aviones volaban hacia el norte cada mañana. Iban cargados de bombas, que

dejaban caer hacía Lafortunada y más arriba. Hasta que no volvían, vaciada la carga, los dos hermanos permanecían apostados, junto a la iglesia, esperando verlos aparecer de nuevo por encima de Montinier o Punta Llerga. Su madre les buscaba ansiosa, cuando oía el bramar de los motores, a la vuelta. Pensaba que una de aquellas bombas bien podía caer sobre el pueblo y matar a sus hijos, aunque fuera por error.

A pesar de ser junio, “borrasqueaba” en las cumbres más altas. Hacía ya unos días que numerosas fuerzas rebeldes se habían añadido a las que llevaban casi dos meses sin poder avanzar. Tropas de la legión, tabores de regulares y otras unidades militares habían sido desplazadas hasta allí para acabar de una vez por todas con la resistencia. Esta vez sí, se les veía avanzar a cientos hacia Escalona y Laspuña, entrar en Puyarruego y en Belsierre. Por delante de ellos, aparatos voladores alemanes e italianos allanaban el avance de la infantería, bombardeando a conciencia.

Para Pepe y Manolé fue la traca final, en la que las columnas de humo, por Bielsa, Salinas y Plan, se elevaron más altas que los montes. Aquel nueve de junio tardaron en volver más que de costumbre los aviones, pero al final, como siempre, regresaron y tras ellos una calma densa que atravesó la tarde y se adentró en la noche. Todos contenían el aliento, sabiendo que había llegado el fin para los que defendían los valles altos. Solo Manolé y su hermano siguieron esperando, durante días, ver pasar de nuevo los aviones.

Apostado, junto a la ventana del cuarto que compartía con el mudo, contemplaba Manolé las estelas blancas que dejaban los nuevos aparatos voladores. Eran manchas metálicas, gusanos brillantes que volaban alto, muy alto. Iban dejando un hilo prieto de nube, que luego se deshilachaba. Al cabo, todo el cielo volvía a ser azul sobre los robles de la orilla del río..

II

La guerra y su devastación habían arruinado muchos pueblos. Los más destruidos comenzaban por rehacer las casas en que habitar de nuevo. En Muro, éstas apenas habían sufrido, pero nada quedaba de lo que hasta entonces había sido parte importante de sus vidas, el ganado. Solo unas cabras de las que se intentaban llevar los fugitivos, se dice que encontraron en el lugar llamado “la Barona”. Les quedaba el bosque, las tierras y las manos para seguir sacándoles su fruto. Algunos de los hombres y jóvenes arrastrados a la guerra, comenzaron a volver, mientras las mujeres hicieron todo el trabajo duro. Aún recuerda alguna como bajaban con las mulas el estiércol de los animales para femar las huertas, junto al río Bellos.

Cuántos de los ancianos, sentados cada tarde en la gran sala de la residencia, habían vivido experiencias parecidas, cuando una posguerra penosa y larga se abatió sobre sus pueblos heridos. Cuanto tiempo permanecieron mudos ante cualquier pregunta sobre la cruel guerra. Eran niños o adolescentes con la vida marcada por ausencias, exilios y largas condenas de parientes, amigos o vecinos.

Manolé y Pepe habían desistido hacía mucho de esperar más aviones y llegó el momento de ir a la escuela. Pero resultó ser que no eran tan aptos como los demás niños. ¿Qué pintaban en la escuela dos mocosos retrasados que, sin duda, nunca aprenderían a “hacer la o con un canuto”? Aquella verdad, aparentemente irrefutable para la gente del pueblo, escondía otra, quizá más sórdida; el hecho de que Josefa, su madre, y también Manuel, el padre, eran alcohólicos. No importaba que algunos aprovecharan las fiestas o romerías para emborracharse hasta perder la consciencia. Estar poseído por el deseo continuo de refugiarse en el vino o el anís, no tenía perdón, ni cura alguna por aquel entonces, en sitios como Muro, salvo dejarlo en seco y que pasase el tiempo. Pero no era el caso. En las cocinas y cadieras, a media voz, las madres desentrañaban el pensar del cura y el maestro de entonces. En un acuerdo tácito, donde no eran necesarias leyes ni papeles, ambos estaban de acuerdo en que resultaría un mal ejemplo su presencia en la escuela, ya que en su casa no lo tenían bueno. Mejor dejarlos fuera y no tentar la suerte. Manolé, sin embargo, nunca se resignó del todo a la exclusión y, alguna vez, al pasar junto a la puerta de la escuela, se asomaba y veía, a través de una rendija, a los demás niños, inclinados sobre sus pupitres, escribiendo o mirando fijamente al profesor, a cuya espalda, sobre un trozo negro de pared, había letras que él nunca llegaría a saber escribir ni interpretar.

Ni siquiera aprendió a hablar a enteras. Su lenguaje había de ser siempre un balbuceo de monosílabos, que solo los más asiduos en el trato con él llegaban a descifrar con alguna claridad.

Los hombres del pueblo, sin ganado y con cosechas menguadas, ponían todo su esfuerzo en sacar la madera del monte. El bosque más denso se extendía hacia Moriello, por la cara oeste de la sierra. La venta de los troncos de sus árboles había de servir para

comenzar a recuperar los patrimonios. Con el dinero obtenido podían comprar animales y algo más de lo que las cartillas de racionamiento asignaban a cada familia para su sustento.

Por el camino de San Vicente, siendo ya noche cerrada, se aventuraban los de Muro hasta alcanzar el molino de Guaso, por proveerse de una ración complementaria de harina, que les agrandase la cuota de pan legalmente establecida. Nunca fueron tan útiles los hornos de las casas que tuvieran la suerte de tenerlos, como entonces.

En medio de aquella escasez, no quedaba otra que tenderse la mano y ayudarse unos a otros, para que el hambre no se hiciera presente. Algunos habían de trabajar hasta en domingo. A Agapito le costó una denuncia del cura no cumplir el precepto católico de acudir a misa los domingos. Los párrocos habían vuelto con mayor fuerza que antes a ejercer su autoridad y, vaya si la imponían, recordando abiertamente las obligaciones de sus fieles y amenazando más que nunca con la certeza del infierno para los pecadores. Aunque la fe no entrase a base de amenazas, la simbiosis perfecta de la autoridad eclesiástica, civil y “policial”, mantenía a hombres y mujeres atados al ritual de acudir a la iglesia, no solo los domingos, sino también las fiestas de guardar, como decía el catecismo, so pena de caer bajo sospecha de ser ateo o peor, un comunista.

Quien podría adivinar que Manolé, más de medio siglo después, llegaría a ser una especie de monaguillo. Él, del que nunca se fiaron los párrocos del pueblo para sostener la vela de la comunión o la bandeja, desplegaba las sillas para la ceremonia dominical y luego las recogía, contento de que aquella labor tan importante recayera sobre él y de obtener una pequeña propina por hacerla.

Con diez años Manolé y su hermano se habían aprendido los senderos que iban a Escalona, a Puyarruego, a Moriello y debían transitar a menudo por ellos para llevar la comida a su padre. Trabajaba por aquel entonces en el puente de Escalona y en la construcción de la carretera que uniría a ésta con el Molino de Aso.

Nunca fueron a bañarse al Bellos ni tan siquiera al Yesa. Lo normal, incluso para los zagales de los pueblos más ribereños era que no supieran nadar, aunque aprendiesen temprano a pescar a ñeeta. Los de Muro, de todas formas, no tenían tiempo para esos placeres que propiciaba el vivir en la ribera. Lo que si hacían Manolé y otros chicos del pueblo era ir a ver partir las navatas. Cada mayenco, de entre Escalona y Laspuña partían aquellas frágiles naves de troncos, conocidas también como almadías. En ellas iban navateros de los pueblos cercanos, incluido alguno de Muro. Manolé veía reflejarse la tristeza en los rostros femeninos y una resolución cercana a la alegría en los ojos de los marinos de agua dulce. De ellos dependía una buena parte de los ingresos en los pueblos ribereños. El viaje no estaba exento de riesgos, como bien decía la canción.

“Cinca traidora, Cinca traidora, as piedras amuescas, os hombres afogas”. A Manolé le producía vértigo escuchar historias del Puente del Diablo, en Mediano, y del angosto Entremón, con rápidos que bullían de olas blancas muy altas. Hacían santiguarse y apretar los dientes a los enjutos y arriesgados hombres, bajando a la busca de un sustento escaso y extremadamente caro, camino de un mar, tan lejano para Manolé como las mismas estrellas.

Por aquel tiempo y hasta mucho después se habló de los maquis. Aunque a Muro, al parecer, nunca se acercaron, se les vio en Gallisué y en el valle de Vió. Según contaban en las tiendas de Escalona pasaban desde Francia hasta la Peña y se escondían en cuevas recónditas de la Sierra Ferrera. Llegaron a hacer incursiones en la Fueva, donde mataron a tres de ellos, y cruzaron el Ara, hasta presentarse en la Sierra de Guara. Las noticias

corrían de boca en boca cuando cualquier pastor se encontraba con alguno casualmente. En su osadía, los guerrilleros forzaban la situación y acometían acciones arriesgadas que obligaron a una prolongada presencia de la guardia civil y del ejército en la zona.

Manolé imaginaba a aquellos personajes invisibles, como a los soldados que huyeron hacia el norte cuando la guerra, con abarcas de goma de camión, chamarras de cuero desgastado y gorros de invierno con orejeras. Él y Pepe miraron de nuevo al cielo, esperando ver aparecer de nuevo los aviones, pero nunca ocurrió.

Josefa comenzó a trabajar de cocinera en las casas más pudientes de otros pueblos. Decían que tenía muy buena mano para cocinar. La reclamaban sobre todo para las fiestas, cuando los comensales eran muchos. Ya por aquel entonces, los dos hermanos trabajaban para los vecinos con más tierra, despedregando o levantando muros en los bancales, recogiendo patatas o acarreando leña y llevando a abreviar a la fuente a las mulas y burros del pueblo.

Como tiempo después diría Dora eran “criadillos para el trabajo sucio”

La verdad es, que para compensar aquel injusto castigo que la naturaleza o Dios, según algunos, había inflingido a aquella familia, casi todas las demás contribuían a subsanar, aunque fuera con poco, su escasez. Además del escaso dinero que ganaban sus padres, siempre les regalaban verduras y otros productos del huerto, alguna gallina, algo de matacía y en los días de fiesta no les faltaban natillas, ni arroz con leche, del que hacían en las casas con algún ganado.

Manolé conservaba, a pesar del tiempo transcurrido, aquella actitud de espera, cuando algún familiar de otros ancianos venía a verlos. Se arrimaba, se arrimaba, hasta que caía

algo. Casi siempre lo hacía con los que habían llegado a tener más confianza y, la mayoría de las veces, acababa recibiendo algún dulce o alguna moneda.

Para las fiestas, siendo ya mozos, se quedaban mirando como los demás maciellos bebían y reían. Mientras los músicos de Labuerda interpretaban valeses y pasodobles, ellos se dejaban invitar a un trago o un bocado y permanecían de pie, apoyados contra los muros de las casas de la plaza, mirándolo todo, sin atreverse jamás a pedir un baile a cualquier moza. El tiempo ponía cada vez más en claro las diferencias con el resto de la juventud del pueblo. De niños no fueron a la escuela, ahora con veinte años nunca tendrían una novia, ni saldrían a ver mundo para hacer la mili. Su vida sería siempre trabajar para otros y no salir de su pueblo más que, en el caso de Manolé, para hacer los recados de la gente. Siempre le ponían en un papel los encargos por escrito. Nadie, ni él mismo se podía fiar de su memoria inmediata.

Mediados los años cincuenta, la vida en Muro no había cambiado apenas. El mismo camino de piedras menudas atravesaba el bosque de pinos que le separaba de Escalona. Hacía tiempo ya que los camiones habían sustituido a las navatas. Se hablaba de pantanos que aportarían trabajo y prosperidad a la zona, de tratos con los americanos que traerían al país leche en polvo, tractores y maquinaria con la que no deslomarse como hasta entonces en los bancales dedicados al cereal, en la poda de viñas y melocotoneros y en la recogida de la oliva, cada invierno.

Manolé y su hermano eran ajenos a aquellos rumores y noticias, que sin duda escuchaban cuando bajaban a hacer las compras a Escalona.

Fue por entonces cuando, un día, esperaban la visita del obispo para las confirmaciones de algunos niños del pueblo. Se había preparado un refrigerio, a base de embutidos caseros y variados, queso, fruta, varios porrónes de vino de la tierra baja y alguna

botella de etiqueta. Todo un derroche para el municipio. Como el obispo tardaba, Manolé y Pepe comenzaron a impacientarse. Se vieron solos delante de las viandas, sin nadie que les dijese nada, así que empezaron por vaciar un porrón de vino recio y lo acompañaron con un buen chorizo y un, muy bien curado, salchichón de jabalí. Alguien dio la voz de alarma, de que se estaban comiendo y bebiendo lo destinado a agasajar al obispo. Al padre de ambos, Manuel, se le oyó decir “Esto lo arreglo yo en un momento”.

Entró muy decidido en la sala donde se iba a recibir al obispo, pero no llegó a dar dos pasos hacia dentro porque uno de sus hijos, ya borracho, le propino un estacazo con un palo grueso de avellanera, que le dejó tendido en el suelo. Solo se le ocurrió decir” Vaya como sacude mi hijo, la fuerza que tiene”, mientras otros vecinos se acercaban a reducir a los hermanos, que comenzaban a dar cuenta del tercer porrón. Debió ser de las pocas veces, según recuerdan los vecinos, que Manolé y Pepe se emborracharon en su vida.

Tiempo después, hacia el año sesenta, murió Manuel, el padre. Dicen que fue la hernia. Le bajaban a Escalona, cuando antes de llegar a los prados, sin tiempo de decir adiós, debieron devolverle, ya cadáver, hasta su casa otra vez.

Sería la primera gran ausencia en la vida de Manolé. Heredó de su padre la propensión a los juramentos, además de la hernia, que le sirvió para llevar menos peso cuando le tocaba trabajar. Siempre que iba a por leña con su hermano, mientras Pepe cargaba el fajo de ramas, Manolé volvía con la herramienta al hombro. Algo bueno tenía su padre que dejarle en herencia.

III

En el año sesenta y dos los de casa Joaquín decidieron marchar. Fueron los primeros en hacerlo y se quedaron cerca, en las Huertas, junto al Bellos. Después se irían los demás, los de casa Manuel, los de casa Pepa, los de casa Suelo...

Manolé y Pepe estuvieron con su madre, mientras esta vivió, pero al fallecer, Manolé fue recogido en casa Miguel por Marcelino y Teresa, que eran hermanos solteros. A Pepe se le acogió en casa Ramón.

Para el año setenta y dos, también José, el de la Pelela, de casa Ramón decidió largarse. Para entonces Pepe ya había tenido síntomas de parálisis y tuvo que ser ingresado en el Hospital Provincial de Huesca. Su hermano pocas veces pudo ir a visitarlo, pero los antiguos habitantes del pueblo, cuando iban a Huesca, no dejaban de ir a verle para darle noticias de Manolé y alegrarle un poco aquella triste reclusión que ya sería definitiva. No se ponen de acuerdo los antiguos vecinos a la hora de decir donde murió, si en Épila, la Almunia o en Tarragona. Al final de su vida, tan solo Manolé tenía pensamientos para él casi todos los días. No había uno que no mirase hacia el sur, la dirección por la que se llevaron a su hermano en aquella camilla, sin que él pudiera acompañarlo más que hasta Escalona. Tres visitas breves con Marcelino y Teresa al hospital de Huesca y otra pérdida más, otra pesadumbre que se añadía a la enorme soledad de la aldea casi vacía.

Manolé se encargaba de cuidar las burras y bajar hasta la fuente con la mula a por agua. Le gustaba tenerlas siempre en un brazado, a la vista, que no se le escapasen, ni que le

diesen trabajo. Las tenía aborrecidas, además de escuálidas, por no dejarlas ir a pastar a sus anchas. Cuando volvía, Marcelino le preguntaba ¿las llevas todas, Manolé?

Él que nunca aprendió a contar decía “a blanca, a tordilla, a negra y a parda”. Así un día y otro. Cuando bajaba a por vino, llevaba los garrafones en sacos. Aunque normalmente subía sin problemas, un día el saco comenzó a escurrirse de lomos de la mula. Manolé levantaba una y otra vez la carga, sin asegurarla del todo, pues no tenía picardía ni paciencia para pararse, ni habilidad para hacer nudos que no se soltasen, hasta que en un tramo pedregoso, en el que la mula dio un traspies, el saco y la garrafa cayeron al suelo, desparramándose el vino entre las piedras, haciendo que Manolé echase juramentos un buen rato.

Alguna vez bajaba a Aínsa de compras con Marceliné, mientras Teresa se quedaba en Muro. Iban y volvían a dedo, pues nunca dispusieron de coche propio. En una de aquellas ocasiones conoció a Pepón, que trabajaba de taxista.

Manolé ya se había ganado cierta fama de huraño, siendo chaval. A pesar de su deficiencia, no soportaba, ni toleraba que se riesen a su costa, sin hacer nada. Mostraba abiertamente sus enfados y amenazaba a otros niños con tirarles una piedra o arrearles con un palo. Esa reputación se acentuó en ese tiempo, en que comenzaron a llegar los turistas, deseosos de conocer pueblos abandonados o casi. Se molestaba si entraban sin permiso en las casas vacías y sobre todo si hacían algún comentario sobre su persona. Se corrió la voz de que en Muro había alguien que apedreaba a los extraños en cuanto aparecían. Por supuesto aquello no era cierto, pero suponía un aliciente más para que cierta gente se animase a subir hasta allí.

En los días de lluvia o de nieve a Manolé le daban accesos de melancolía, sobre todo si se veía obligado a refugiarse del aguacero en alguna de las casas del pueblo. Veía una nueva viga caída, un muro del que se habían desprendido varias piedras, una chimenea

destripada...Cualquier signo de deterioro le hacía acordarse del pueblo, cuando estaba vivo y en su casa le esperaban para comer sus padres y su hermano. No lloraba, pero se encerraba en un silencio obstinado del que no salía al llegar a la cocina, junto a Marcelino y Teresa. Ellos adivinaban sin mediar palabra sus negros pensamientos. Mientras miraba fijamente el fuego del hogar le oían decir “casa caída, tejado caído, mucha pena, nadie allí”. Aquellas noches parecía que todos los que se habían ido estuviesen entre las llamas, refugiados en su calor y en su oscilante luz. Fuera, el viento pugnaba por entrar, la lluvia sonaba lúgubre contra las tejas y un frío intenso se adivinaba fuera del breve espacio iluminado por la hoguera.

IV

Marcelino murió el año noventa y ocho. Teresa y Manolé debieron abandonar el pueblo, pues ella, con más de ochenta años, ya no era capaz de sostener la casa y cuidar de Manolé.

La madera que tanta hambre había evitado hacía tiempo, venía en rescate de Manolé, para asegurarle un refugio en adelante, con el dinero cobrado de la última corta.

Con sesenta y cinco años Manolé comenzaba una nueva vida

Todos dudaban de que pudiese adaptarse al transcurrir ordenado de aquel centro de jubilados. Al principio, cada mañana se levantaba antes de la siete, cuando aún la noche no había abandonado su quietud. Iba descalzo hasta la sala y se quedaba dormido en una silla o despierto, esperando los ruidos que iban surgiendo al alba; los primeros coches, los pasos de los ancianos más madrugadores. Estuvo acatarrado, por ello, mucho

tiempo, hasta que Pepón le dijo un día que mejor esperara en su habitación hasta más tarde.

En seguida se acostumbró al calor de su habitación y a sus paredes blancas, tan diferentes a la oscuridad opaca de la piedra, en su casa de Muro y al frío de los amaneceres, en los que tanto le costaba levantarse y poner el pie sobre las frías losas de caliza.

La primera vez que salió del recinto, iba despacio, siguiendo a cierta distancia a otros paseantes. En la fuente se quedó dudando de si tirar para arriba, hacia el casco viejo o seguir recto hacia el cruce. Pasó por allí Pepón, quien ya lo conocía antes de bajar de Muro. Al verlo indeciso, le animó a ir en su compañía. Le fue indicando el camino que debía seguir para ir a los puentes del Ara y el Cinca y, sobre todo, por dónde pasar en las carreteras del cruce. Pronto descubrió Manolé que desde el puente del Cinca podía ver su pueblo recortado sobre el fondo de Castillo Mayor, más pequeño aún que los caseríos de sus postales, una mancha gris, sobre la mole pétrea, salpicada de pinos y quejigos.

Sin burras que cuidar, ni agua que ir a buscar, ni huerto que picar, Manolé tenía todo el tiempo del mundo para pasear. Pero pronto se dio cuenta de que había otras muchas cosas que podía hacer. Sin apenas notarlo, se iba desprendiendo de su caparazón de desconfianza, e iba explorando los diferentes espacios de aquel edificio, que no solo era residencia, sino centro de salud. Como tal, recibía la visita diaria de decenas de personas, a las que Manolé se sentía encantado de ver pasar a diario. Aquello era para él mejor que el cine, en el que posiblemente nunca estuvo. Veía gente de continuo, no un horizonte silencioso y vacío. Oía voces humanas a todas horas, de mujeres, de hombres y también de niños que pasaban a ver al médico o a curarse en la enfermería y recordaba

el hondo silencio de su andar por las cuevas, los caminos y los senderos que salían de la piña de casas que era Muro. Solo buitres, alondras, tordos, chovas y ardillas saludaban su paso y, a veces, jabalíes que salían corriendo de sus escondrijos, dando respingos y asustados.

Enseguida encontró, sin proponérselo, la amistad de Pepón, un hombretón grande y tranquilo, bueno donde los haya. Casi se convirtió en su hermano mayor. Buscaba su cercanía que le hacía sentirse un poco más seguro, entre tantos rostros aún por conocer. También se hizo amigo de Toné, un antiguo habitante de Semolué, en la Solana, un pueblo engullido por las zarzas, en el fondo de un estrecho valle. Toné era un alma sensible, amante de las plantas. Cuidaba los rosales de la entrada como si fueran los de su propio jardín. Les unía a ambos un poso montaraz, como hijos, los dos, de lugares perdidos, en los que hacía tiempo que habitaba tan solo la maleza.

Para ellos, lo mismo que para la directora de entonces y el resto del personal era inevitable tratar a Manolé como a un niño, porque él se comportaba como tal. Parecía estar recuperando un espacio que nunca existió para él, salvo quizá durante los pocos días que vio y esperó los aviones junto a su hermano Pepe, con cinco años tan solo. Le encantaba el olor que despedía el suelo de los pasillos recién fregados, en nada parecido al olor de la cuadra, ácido y denso, o al olor de la ropa, ahumada junto a la hoguera días y días. Como no había fiestas, ni misas a las que asistir ¿para qué cambiarse? Se sentía feliz de oler también las sábanas recién cambiadas o el perfume que adornaba a las mujeres con las que se cruzaba.

Como primer compañero de habitación le tocó al mudo. Aunque éste tenía la costumbre de volver alumbrado por la bebida, nunca se portó mal con su silencioso compañero. Tal vez a Manolé, que se hacía el dormido cuando, casi a oscuras, aquel se desnudaba,

le recordó a su padre, dando traspiés en la penumbra de su antigua casa, jurando por haberse golpeado en un larguero de la cama o haber dado un traspiés en la escalera. Cuando alguien supo de su afición a las imágenes, comenzaron a regalarle postales, de París, de Nueva York, y de otros lugares, que le dejaban con la boca abierta y una expresión feliz y soñadora. Las guardaba en una caja de zapatos, junto a sus pocas fotos familiares y de vez en cuando las contemplaba largo rato, cuando estaba solo. Cómo deseaba ser alguno de aquellos personajes que paseaban por los Campos Elíseos, o se asomaban a los abismos de la Torre Eiffel. Pero no sabía siquiera que se trataba de París. Olvidaba su nombre de un día para otro, aunque se lo recordasen con frecuencia. Descubrió el placer de jugar a las cartas, no al guiñote o al mus, sino el simple gusto de desplegarlas sobre una mesa para contemplar las formas de los oros, las copas, los caballos, las coronas de los reyes y las sotas, que parecían mujeres disfrazadas de hombres. Siempre tuvo que verlas por encima del hombro de otros hombres, que jugaban sobre todo al guiñote. Nunca entendió el valor de un triunfo, ni qué era arrastrar. Sin embargo le subyugaba la concentración, el silencio que se hacía en mitad de la partida y las expresiones, cuando ésta se aceleraba, al llegar el final y las manos golpeaban en la mesa para dar rotundidad a las bazas más decisivas.

Como diría luego Trina, “a Manolé le gustaban los *santos* de las revistas”. Al parecer le gustaban todos los *santos* que aparecían dibujados o fotografiados sobre cualquier papel. A él, a quien se le negó la posibilidad de entrar a la escuela, aunque solo fuera para embobarse mirando las imágenes y regalarse con estampas de los pocos libros que había en su pobre estantería. Sus padres jamás le compraron un libro.

Una mujer de la lavandería le enseñó a hacer las os. Le regalaron cuadernos y lápices de colores, que tampoco llegó a tener siendo niño. Se pasaba ratos enteros haciendo las os

sin un canuto, pero casi hechizado de comprobar que aquella rendija de su infancia se iba abriendo y le iba dejando el paso franco para ver, tocar, hacer, contemplar, dibujar... Aunque todo ello se tradujese en una o, repetida hasta la saciedad.

V

Pepón se ocupaba de él siempre que le hacía falta. Como había aprendido el oficio de hacer turrón casero y guirlaches, y sabía que Manolé era muy laminero, se los regalaba a menudo. Una vez, al ver a Manolé comer demasiado turrón, le dijo “no reventarás”. Manolé se enfadó y como siempre hacía, se escondió tras una esquina, asomando al instante otra vez, para reconciliarse sin decir una palabra. Le gustaba aquel juego del gato y el ratón, en el que Pepón aparentaba carrañarle y él se enfurruñaba como un zagal al que su padre o su maestro le recordasen lo que no hace bien.

También Pepón se debía encargar de abrirle las tabletas de turrón blando, pues Manolé no sabía, e intentaba hacerlo apretándolas fuerte, hasta que rebosaba la masa por un agujero, igual que un churro pringoso y deformado. Pacientemente le cortaba porciones, para que no lo engullese entero de una sentada. Cuantas veces le compró galletas en sus paseos por Aínsa.

Como sabía que perdía las navajas, Pepón le compró en la ferretería una cadeneta que Manolé siempre llevaba puesta. Sabía hacer aprecio a los regalos, hasta a los más insignificantes. También le regaló jabonetas de olor para lavarse cada mañana y le enseñó como hacer un uso correcto de la bañera, el inodoro y la escobilla, un artilugio

que Manolé no conocía. Nunca dejó de alabar aquellos baldosines blancos en los que podía ver su figura reflejada, de apreciar el brillo de los grifos, de reír cada vez que tenía que usar el bidé. Que diferencia con los lavatorios en una palangana de latón, con el agua rebosando en el suelo, sintiendo erizada la piel por el frío de las corrientes que recorrían la casa. Rara vez se lavaba por entero, pues siempre le dio mucha pereza. Ahora, sin embargo, se entretenía extasiado, sintiendo caer el agua caliente de la cabeza a los pies.

Una mañana Manolé apareció todo contento en la sala, con sus zapatos nuevos y relucientes, pero tenían una pega, le apretaban mucho. Pepón, entre divertido y socarrón, le dijo “haz una cosa, el de un pie te lo quitas y te lo pones en el otro pie y verás como te van mejor”. Desde luego, así no le hacían ningún daño y decía “Eso, eso, ahora sí”. Manolé, alegre como un canario, se fue a pasear con ellos, enseñándoselos a todos los conocidos con los que se cruzaba. “No son abarcas, son zapatos nuevos”, les decía, como si hubiese dejado atrás para siempre el calcero pobre, de chirucas de tela y goma con agujeros que casi siempre llevó en Muro. Se sentía un auténtico señor con aquellos zapatos, que, incluso aprendió a limpiarse con un paño.

En una ocasión Manolé, para completar su nueva imagen, quiso ponerse una corbata que le habían regalado y también recurrió a Pepón, quien habitualmente le arreglaba el cuello de la camisa.

Cuando Pepón, compartía habitación con Manolé, después de ducharse, por hacerle enfadar le preguntaba “tú ¿cuándo te duchas, te la tocas?”. Manolé se enfurecía y meneando la cabeza, cogía su bastón y trazaba una raya en el suelo, como si aquel gesto fuese suficiente, para zanjar cualquier palabra más sobre el tema. Reaccionaba igual cuando le preguntaban si tenía novia o le gustaba tal o cual mujer de la residencia. “Mía,

mía lo que te hago” decía, y blandía, nervioso, su bastón, trazando la frontera imaginaria de una línea, que ya no se podía atravesar. Eran las veces que más serio se ponía. No le gustaba que le hicieran bromas con aquel asunto.

También fue Pepón quien, viendo que Manolé llevaba siempre los bolsillos rebosantes de calderilla, le propuso cambiársela por un billete. Al principio accedió de buen grado, pero no tardó mucho en volver a reclamar sus monedas. Parecía que no llegaba a cuadrarle que tanto peso pudiera traducirse en tan poco. Debió pensárselo otra vez al darse cuenta de la molestia de tanta jarcia lastrando sus bolsillos, pues le propuso a Pepón que le devolviera el billete. “¿Ya sabrás cual es?”, le pregunto este. No dudó ni un momento cual había de coger. A partir de entonces, cuando ya le pesaban demasiado las monedas que iba acumulando, le pedía a su amigo que se las cambiase por papel.

A pesar de que su vida adquiriría otro color, Manolé no se olvidaba de Muro, pues allí permanecían gran parte de sus seres queridos, aunque fuera en el cementerio, además del paisaje que tanto tiempo le había acompañado. Siempre buscaba la oportunidad de que alguien le llevase. Lo conseguía, después de mucho insistir, sobre todo a la hija de la directora, “¿Cuándo iremos ta Muro, cuando iremos ta Muro?” repetía una y otra vez, hasta que le arrancaba la promesa y una fecha concreta. Tras el viaje, siempre volvía tristón y cabizbajo. Decía a sus amigos “Pista está muy mal, casa nada, mula muerta, papá muerto, mamá muerta, Pepe muerto”. Después se quedaba sentado en una silla, callado, con la mirada perdida, rumiando sus asuntos, abstraído por completo de todo y de todos. Cuando más indignado volvió fue aquella vez, en la que, sin poder subir a la torre, pensó que se habían llevado la vieja campana, lo mismo que ya había ocurrido con el balcón de su casa. La verdad era que la campana seguía en su sitio y que Manolé comenzaba a tener la vista fatal por una catarata en su ojo bueno.

Cuando había elecciones, el alcalde de Escalona pasaba a hacer campaña entre los ancianos de su municipio. Manolé, aunque no podía votar, por estar incapacitado, le decía “¿Pista Muro, como está? El alcalde le respondía “Ya la arreglaremos”. Él le contestaba para dar por zanjada la cuestión, “Bah, cosa, pista Muro”. Mostraba ser lo suficientemente despierto para identificar a quien podía hacer algo por dar fin a una de sus obsesiones, el estado desastroso de la pista de acceso a su pueblo, que nunca fue prioridad para nadie con capacidad para solucionarlo. A pesar de todo, siguió subiendo a Muro siempre que tuvo oportunidad de hacerlo.

VI

Cuando Dora, como la llamaba él, se hizo cargo de la dirección del centro, Manolé se convirtió en su sombra. Se plantaba de forma permanente en la puerta de su oficina, incluso cuando ella tenía visitas, siempre dispuesto que le encargase cualquier recado o esperando que le dijese algo. Una chica guapa que le hacía caso, que siempre estaba dispuesta a escucharle, era lo único que le faltaba para sentirse como en casa, incluida una madre o una hermana que mirase por él.

Para entonces había cogido tanta confianza que no había actividad a la que no se apuntase, ya fuera una excursión, una comida, una audición de música o de danza de los niños de la escuela, ir a ver bajar las navatas en el mes de mayo. También hacía su recorrido habitual hacia el Cinca, saludando y dando novedades a todas los tenderos y dependientas, de si se había cortado el pelo o si le habían puesto inyecciones, cosa que le hacía especialmente feliz y un poco importante, como si fuese la prueba más

definitiva de ser tenido en cuenta por alguien como el médico, a quien llamaba “el señorito”.

Cuando la catarata le dejó sin visión de su ojo bueno, pues el otro lo tenía perdido, tuvo que bajar Dora a acompañarle a Huesca. Los médicos que le hicieron la operación fueron muy amables con él y todo fue sobre ruedas. Dora se quedó a cuidarlo la noche que hubo de pasar en el hospital. Manolé estuvo todo el tiempo entre “pedo” y “Dora, pichar, orinal”, sin poder dormir, tal vez por ser la primera vez que se quedaba en la habitación de un hospital a dormir y no solo de visita. A la mañana siguiente, día de San Jorge, cuando vino el médico y le quitó la venda, comenzó a gritar, mirando a Dora “ah, si te veo, guapa, te veo”. Después, de regreso en la residencia, subió a grandes zancadas a la sala, diciendo en voz alta a todo el mundo con el que se cruzaba “c’os veo, c’os veo”, como si le hubiese ocurrido un milagro que le hacía inmensamente feliz.

Para noviembre, Manolé le recordaba a Dora que había que escribir la carta a los Reyes Magos y que la tenían que mandar con tiempo suficiente para que les llegase. Entre tanto se celebraba el festival, al que acudían los niños y niñas de la escuela. Él siempre se ponía en la primera fila para no perder detalle. El ambiente navideño se iba caldeando, entre cánticos, las luces del árbol y de las calles de Aínsa. Se sentía especialmente feliz de volver al hogar en que ya se había convertido, para él, la residencia. El día de Reyes había que darle su regalo entre los primeros porque si no se rebotaba. Debía considerar que si mandaba la carta tan pronto, eso le daba derecho a recibir cuanto antes su regalo, sin dilación. Un año le regalaron un reloj, que siempre llevó al revés, pues nunca aprendió a leer la hora. Otro, le regalaron un aparato para escuchar cedés, porque el verano anterior se empeñó en comprar un disco del grupo de jotas de Sariñena, que había actuado en Aínsa, sin tener donde escucharlo. Para su santo

sacaba el monedero, lo abría y le decía a Dora “Toma, pa mío santo”. Ella encargaba rosquillas y algún brazo de gitano de la Fueva para que lo disfrutaran todos.

Su amigo Antonio Maya, el jardinero de Semolué, aunque no era muy mayor, murió el mes de febrero de dos mil cuatro. Manolé había seguido con pena inmensa su enfermedad. Se le veía especialmente silencioso por los pasillos y la sala. Solo acertaba a decir “Toné ta muy mal, pobret” A la mañana siguiente Manolé, puntual en esperar a Dora, cuando llegó, le pidió una foto de Antonio para guardarla en su caja de tesoros, junto a las fotografías y las postales. También le dijo “Esta noche lloré”. No podía esconder sus sentimientos, reflejados en sus ojos enrojecidos y llorosos, durante varias semanas.

Por aquel entonces, le dio por ir tras una pareja de la residencia. Se habían hecho novios allí, con más de setenta años. Manolé les seguía de cerca, como carabina, o como un niño curioso al calor del cariño que ambos se profesaban. Aunque no iba con él, lo hacía suyo, lo sentía cercano. Ellos no decían nada, cuando sentados en el banco de la fuente, les miraba de reojo y se sonreía, como si fuese su cómplice en aquella relación que tanto le atraía. Le bastaba con tener cerca aquella pizca de ternura que, a los otros, les poseía y les hacía mirarse enamorados. Un auténtico misterio para Manolé y para Dora, que nunca supo el porqué de su afición a seguir tan de cerca a la pareja.

La primera vez que Manolé fue de excursión en autobús, estaba entusiasmado. Miraba el paisaje con tanta concentración, que aunque se dirigieran a él, parecía no escuchar, abstraído en aquellas maravillas que podía contemplar con su ojo bueno. En su mente evocaba el perfil de Naváin, descendiendo en dirección a Gallisué. Una línea que se rompía bruscamente hacia arriba, para caer luego en picado hacia el cañon de Añisclo y

luego remontar quebradamente hasta la cumbre de Sestrales y enlazar con Marboré, Monte Perdido y todo el cordón de cumbres que acababan por descender al Cinca y subir hacia las crestas de Cotiella, entre las moles de Punta Llerga y Peña Montañesa. Solo hacia el sur había un horizonte que no fuera abrupto y encrespado. Era el paisaje que le acompañó casi toda su vida. Ahora, a la entrada de Huesca veía la infinitud de una extensa planicie, llena de luz y cielo. Tan concentrado estaba en el paisaje que no se percató de que le estaban entrando ganas de mear. Intentó aguantar un rato, tanto que, de pronto, le vieron levantarse diciendo “Que me picho, cagon la puta que me picho, cagon la puta que m’í pichao”. Para los siguientes viajes se llevaba una bolsa, que le enseñaba a Dora para hacerle saber que en aquella ocasión no le pasaría lo mismo, pues ya tenía donde hacerlo.

Cuando Dora se quedó embarazada y Manolé lo supo, estuvo más solícito que nunca. Siempre pendiente de ella y preguntando por su salud, como si de repente se hubiera convertido en un frágil cristal que pudiera quebrarse a ojos de Manolé. Sus compañeros de paseo le decían “cuando nazca el niño, tu harás de niñoero y le podrás llevar a montar en burro”. Él se ponía nervioso y les contestaba “no que se cairá, mía, mía”, les decía, señalando el temblor de sus manos, con las que no podría coger a la criatura.

Aquel mes de julio de dos mil siete, los de la residencia fueron de viaje a Jaca, Sabiñánigo y Canfranc. Lo pasaron muy bien, sobre todo en el Museo de Sabiñánigo. Allí se reencontró Manolé con multitud de objetos que había conocido y que le trasladaron a los años de posguerra, en que aquellas herramientas y utensilios de madera y metal eran de gran utilidad y se fabricaban en casi todos los pueblos del Pirineo.

A la vuelta, Dora se mareó y Manolé estuvo muy preocupado los días siguientes. Cuando aparecía Dora por la puerta le preguntaba “¿Como tas tú?, esta noche dormí cosa, tusí, tusí” y repetía de nuevo “¿Cómo tas tú y el nino?”

Cuando ya la vio buena, Manolé empezó a pensar que tal vez pudiera acompañar a Dora y a su hijo en los paseos, aunque solo fuese agarrado del carro, como un hermano mayor o un tión medio padrino. Nunca había hecho planes en su vida hasta aquel momento. Aquellos días de agosto fueron calurosos. Manolé salía poco, pues aquel calor y tanto coche en el cruce le agobiaban. Pepón y otros, le decían que se animase a salir, que había chicas muy guapas en el cruce. Empezó a sentirse mal, más débil que lo habitual. Ya ni siquiera salía al banco frente a la escuela de música a ver pasar la gente. Se iba apagando con rapidez, sin que nadie se lo esperase, pues nunca había dado muestras de estar enfermo. La tarde que murió, Trina fue a visitarle. Ya estaba muy débil. Echado en su cama, le dijo que no le tapase, pues tenía mucho calor y quería frescura.

Cuando ya se habían recogido todos en sus habitaciones, Manolé sintió como un ahogo prolongado y con mucho esfuerzo fue bajando, escalón a escalón, hasta la puerta del despacho de Dora, como si hubiera alguna esperanza de que estuviera allí, cuando ya era de noche y solo se oía el murmullo del Ara y el rasgueo de los coches que pasaban de vez en cuando. Manolé se hizo un ovillo, tumbado en el suelo, al lado mismo de la puerta y comenzó su mingua definitiva, aquella de la que nadie se libra, pensando en que nombre le pondría Dora a su ninon.

Le encontraron así, acurrucado y muerto. Tan silencioso como era habitualmente, tan poco amigo de molestar, tan niño desvalido, buscando la última caricia de su madre.

Se le había truncado su infancia en aquel tiempo remoto de la guerra. Cerca de su final, la había recuperado en un lugar, donde la mayoría acabó queriéndole como a alguien muy cercano. “Le salió el sol de estar aquí”, me dijo una vez Trina

Muchos fueron al entierro de Manolé. Hubo quien lloró sinceramente por él. No resultaba fácil pensar que su figura menuda de nomo no se vería más por aquellos

pasillos. Les dolía que no estuviera vivo para ver nacer al hijo de Dora, pero como dice un poema “por cada muerte, una vida reclama jugar su suerte”. Para Manolé ambas, la vida y la suerte, habían concluido definitivamente.

Dora dijo de él, “De poco hacía mucho y nada era todo para él. ¿Cómo alguien que ha recibido tan poco en su vida puede llegar a dar tanto como Manolé?”

Epílogo

Entonces no sabía su nombre, aunque durante un tiempo llegó a formar parte del paisaje cotidiano. Tímido, se acercaba hasta el centro los días de primavera, a ver pasar la gente. Si alguno de los que paseaban le miraba al cruzarse, le dedicaba un esbozo de sonrisa. En otro tiempo vivió, casi solo, en un pueblo colgado entre montañas, en un fiero paisaje, donde jamás llegó la carretera. Cuentan que, alguna vez, al ver a alguien extraño acercarse, llegó a tirarle piedras. Su hostilidad hacia los otros, los forasteros, se convirtió casi en leyenda. El día en que yo le conocí, venía de los prados, llevando al hombro un pico. Con paso apresurado se acercaba directo hacia nosotros y a un metro escaso, sin mirarnos siquiera y sin cambiar su gesto huraño, se desvió de pronto bruscamente y, sin decir palabra, se perdió en el umbral de la casa que habitaba.

¿Cómo de ser hurón, llegó a convertirse en un manso cordero?

¿Acaso fueron los límites extraños de un mundo ajeno al que se vio abocado, lejos de sus montañas, entre otros extraños, también desubicados?

¿Cómo reconocer, en aquel gato manso, casi zalamero, al guardián hostil de aquel perdido pueblo?

Lo que seguro es cierto es que los demás siempre fueron un misterio, como él, aún, lo sigue siendo.

